

## **ILUSIONES IDEOLOGICAS, AVERSION A LA CRITICA**

David Ibarra

1 de diciembre de 2000

Las influencias ideológicas que abrieron el camino a la reforma en México y América Latina subrayaron hasta la saciedad las fallas del Estado y glorificaron del mismo modo las virtudes del mercado; escarnecieron la forma de hacer economía en el pasado y crearon la ilusión de un futuro esperanzador de estabilidad, desarrollo y democracia, si se impulsaba la reforma sintetizada en el llamado Consenso de Washington.

Algunas de esas tesis tuvieron un sustento válido. De un lado, México no podía quedar al margen de la revolución económica y tecnológica del mundo, sin pagar costos enormes al no incorporarse al mundo sin fronteras. De otra parte, el envejecimiento de los sistemas político y económico mostraban fisuras a las que debía ponerse remedio: el autoritarismo presidencial, el intervencionismo y proteccionismo estatales excesivos, el descuido a los derechos humanos.

Admitido el imperativo del cambio, es tiempo de reconocer que no todo el pasado estuvo teñido de errores lamentables, ni que éstos dejarán de cometerse en el futuro para acceder a un mundo donde campeará la más rigurosa racionalidad social. La política no es una ciencia exacta, sino acomodo de intereses frecuentemente encontrados.

Los veinte años invertidos en la transición del modelo socioeconómico prueban palmariamente que la senda adoptada no resultó la óptima. Se resolvieron algunos problemas pero otros resurgieron con fuerza aterradora. En México ya son más de 40 millones de pobres, 20 millones de indigentes y el sector moderno de la economía ha dejado de absorber a la nueva fuerza de trabajo, como lo prueba el que las actividades informales ya retengan el 50% de la población activa.

Nuestro país es un caso más en la difusión universal de marginación y de las disparidades distributivas. En Europa, “la tercera vía” no ha encontrado el camino de disolver el desempleo rampante (dos dígitos) de sus mercados de trabajo; los Estados Unidos parecen tener poca desocupación estructural, pero ven acentuarse peligrosamente las disparidades distributivas. Si tales fenómenos ocurren en el Primer Mundo, la situación es todavía peor en los países periféricos. Según datos del Banco Mundial (1996), 1.3 miles de millones de personas viven con un dólar o menos al día en nuestro planeta.

En suma, resalta el hecho innegable que las metamorfosis institucionales que toman cuerpo en el nuevo orden económico internacional han tenido el doble efecto de constreñir las capacidades de los gobiernos en conciliar crecimiento con justicia social y en apartar parcialmente el cambio tecnológico de la solución de los grandes problemas del mundo: el hambre, el desempleo, la destrucción ecológica.

En parte, el papel de los estados en balancear los efectos polarizadores y concentradores de los mercados queda desdibujado por las asimetrías entre mercados autónomos de ámbito mundial y democracias segmentadas en jurisdicciones nacionales mucho más pequeñas y débiles.

Tampoco desde el punto de vista de la producción, se han satisfecho hasta ahora las promesas del neoliberalismo. Los ritmos de expansión de la producción se han reducido considerablemente y están marcados por acentuadas fluctuaciones, como lo atestiguan las crisis de 1982, 1987 y 1994 en el caso de nuestro país. En América Latina, el crecimiento real de la economía en el período 1950-1980 promedió 6% por año. En las dos décadas siguientes, al cobrar fuerza la globalización, la expansión del producto apenas rebasa el 2%, a pesar de la recuperación reciente de los años noventa (3.2%). Por lo que hace a México, en esos primeros treinta años el producto se incrementa a razón del

6.5% y en los siguientes dos decenios (1980-1999) a la mitad de esa cifra (3.4%). Más aún, la brecha entre las naciones del Primero y del Tercer Mundo en vez de cerrarse, se ensancha, como lo muestran las presiones migratorias crecientes del Sur al Norte.

Los hechos, las consecuencias de la transición latinoamericana al mundo globalizado impiden seguir recurriendo a los espejismos teórico-ideológicos de los paraísos del bienestar de las familias a la vuelta de la esquina. Ahora se han acuñado otras líneas defensivas del conservadurismo para descalificar a los críticos de las políticas elitistas del cambio. Una consiste en atribuir, a una distancia cada vez más alejada en el tiempo (dos décadas), todos los males que nos aquejan a las torpezas de los gobiernos anteriores. Los villanos siguen siendo el populismo, el proteccionismo, el centralismo de los gobiernos priístas previos a la década de los ochenta. La otra, la más reciente, novedosa pero con menos agarraderas, simplemente descalifican a la crítica, como antigua, obsoleta, premoderna.

Los apologistas del cambio neoliberal no advierten o no quieren advertir que nuestra sociedad padece problemas postmodernos o problemas agudizados en la postmodernidad: demasiada pobreza, poco desarrollo, crisis recurrentes, mucha adaptación hacia afuera, poco cuidado del ciudadano, del trabajador. Quiérase o no, la transición mexicana se encuentra a mitad del río. No vale retroceder ni repetir historias pasadas, pero falta un difícil trecho a completar. Subsiste el imperativo de reconocer errores y de enmendar caminos que conduzcan a finiquitar el cambio institucional del país con los menores costos sociales posibles. Más concretamente, el acomodo a la economía internacional ha de complementarse con un acomodo interno que cuide de los productores nacionales y del grueso de la población. Importa vertebrar en un todo coherente macro y microeconomía avance exportador y economía interna; crecimiento, estabilidad y empleo. Importa también, crear redes efectivas de seguridad social que

prevengan la difusión de la pobreza, en vez de limitarse a curar sus efectos más nocivos; importa, asimismo, complementar la modernización política formal con avances en la democracia real, que abran a la participación pública las decisiones fundamentales de economía y sociedad.

Mucho se habría ganado si en vez de poner oídos sordos a la crítica se hubiesen escuchado planteamientos que aún hoy quisieran calificar de antiguallas. Pedir que se facilitase la reconversión productiva de la industria mediana y pequeña, fue rechazado en términos de que “la mejor política industrial es no tener ninguna”. Más aún, se desmanteló a la banca de desarrollo y se le hizo banca de segundo piso, cuando mayores eran las exigencias de reconversión del sector productivo a los efectos de la apertura externa. La debacle de los productores se transformó en carteras bancarias vencidas y pérdidas bancarias por más del 20% del producto que habremos de absorber tarde o temprano los contribuyentes. A mayor abundamiento, esas políticas redujeron la capacidad de generación de empleos y, al destrozar los encadenamientos interindustriales, agravaron la dependencia nacional con respecto a los bienes y servicios importados. Hoy en día exportamos mucho —y eso es un logro sustantivo— pero esa actividad todavía no arrastra al resto de la economía.

Planteamientos reiterados sobre los inconvenientes de usar la sobrevaluación sistemática —no temporal y acotada— del tipo de cambio para combatir la inflación, tampoco fueron escuchados en los cenáculos cerrados donde se diseña la política macroeconómica. El resultado ha sido el de restar artificiosamente capacidad competitiva externa a los productores mexicanos que, además, han de pagar tasas desmesuradas de interés, agravando todavía más su indefensión frente a abastecedores del exterior. Ahí ha de encontrarse la raíz de las crisis cambiarias recurrentes que han asolado a la economía del país y de las que todavía no acabamos de librarnos.

El país está cansado de un debate en que los gobernantes no ponderan la validez de los argumentos opositores, sino descartan la crítica, antes por populista, hoy por premoderna. La ceguera o el ensordecimiento ideológico no permite ver que el mundo ya dejó el modernismo cartesiano y que se vive una etapa distinta donde los problemas postmodernos son inéditos, visten nuevos ropajes o simplemente acentúan viejos dilemas.

Entre los primeros está la paradoja de haber cedido autonomía al exterior y haber limitado exageradamente la acción estatal, frente a demandas de la sociedad civil que ascienden parejas con los procesos de democratización política. Los gobiernos habrán de hacer más con menos recursos e instrumentos o con instrumentos ya mellados. Por lo que hace a los segundos, valga mencionar el estrangulamiento de la balanza de pagos; desde el porfiriato ha sido limitante fundamental al crecimiento sostenido, pero hoy presenta aristas nuevas, creadas por la liberación de fronteras y la renuencia ideológica a emprender, como los tigres asiáticos, sustitución eficiente de importaciones. En cuanto a los últimos, las carencias crónicas, destaca la brecha amplificadas entre ricos y pobres, entre los pocos beneficiarios del cambio y los muchos relegados a la marginación. El presidencialismo en retirada y las nuevas polarizaciones sociales hacen insoslayable la disyuntiva entre ingobernabilidad y reconstrucción deliberada de los pactos sociales.

Por eso es un alivio escuchar más y más voces, incluidas las de algunos voceros de la administración entrante que ven a mercado y Estado no como enemigos irreconciliables, sino como construcciones políticas necesarias que, por depender una de otra, han de apoyarse entre sí. Igual ocurre con la preocupación por los llamados derechos humanos, no sólo en el sentido de cancelar la opresión, la tortura, la violación de las normas jurídicas —como logra el Primer Mundo—, sino en el sentido de resolver la raíz de la asociación de esos fenómenos con el desempleo, la pobreza o la ausencia de redes de seguridad social, como ocurre en el Tercer Mundo. Reconforta oír que la banca de desarrollo prestará en primer piso y que se instaurarán redes modernizadoras de apoyo

a la micro, pequeña y mediana industria, como también que la política exterior, en vez de debatirse inútilmente entre aceptar la sujeción o resguardar la antigua soberanía, busque cauces nuevos en el reconocimiento de la interdependencia entre naciones que marca al mundo de la postmodernidad. De la misma manera parece sensato —aunque resulte difícil— no limitar la política fiscal a comprimir el gasto, sino a lograr una recaudación más amplia y liberadora de la acción estatal.

El reto nacional es el de mirar hacia adelante, dejar los debates paralizadores del pasado, unir a sociedad civil, empresa y gobierno en la reconstrucción indispensable de economía y sociedad. Esa es la esperanza, la tarea, que validará o devaluará a la nueva democracia mexicana.